

que el orgulloso fabricante se ha ufandado hoy en calles y plazas de haber hecho huir al temido "Niño de la Bola"....— ¡Ah! se me olvidaba lo principal...— Procurarás hacerle creer que D. Trinidad Muley explicaba hoy á todo el mundo el viaje de su ahijado, contando que el Niño Jesús le dirigió anoche esa palabra y le mandó que se marchase del pueblo, no sin dejarle todas sus joyas al Cura, para que dispusiese de ellas á su antojo...— En fin, inventa, discurre, miente... ¡Todo es lícito, cuando se trata de salvar la sociedad!...

—¡Descuida, maestro, descuida! ¡Sé lo que tengo que decir!... (interrumpió Filemón, dándole la mano).—¡Hasta la tarde, si es que alcanzo hoy á Manuel Venegas! Y, si no lo alcanzo, iré en su busca al fin del mundo!

—¡Eres todo un hombre!—¡Cuando yo falte, tú heredarás mi magisterio!—contestó "Vitriolo," acompañándole hasta la puerta de la botica y abrazándole paternalmente.

Y, luego que lo vió desaparecer, añadió con acento lúgubre:

—¡Soledad! no dirás que te olvido...— Tú echaste mi carta á un perro para que

se la comiera... ¡Yo he echado la tuya á un tigre furioso!...—¡Estamos en paz, alma de mi alma!

## II

## LA RIFA.

Aquel mismo sol cuyos matutinos rayos habían alumbrado la solemne y conmovedora partida de Manuel Venegas, continuaba á las tres y media de la tarde su majestuosa marcha por el cielo, llevando en pos de sí las horas póstumas y sobrantes de un día al parecer ya inútil, cuyo interés y juicio histórico dieron por concluídos tan de mañana todos los habitantes de la Ciudad.

Obedeciendo, empero, la mayoría de éstos á la ley de inmemoriales costumbres, habían acudido, después de comer, á aquel anfiteatro de amarillos cerros, cuajados de habitadas cuevas, donde, como todos los años, en tal fecha, debía

celebrarse el Baile de Rifa del Niño de la Bola, y donde ocho años antes tuvo lugar la fatal subasta en que el hijo de D. Rodrigo fué derrotado por D. Elías Pérez.

No sólo este acaudalado sujeto, sino otros muchos ricos y pobres de los que allí vimos, habían muerto desde 1832 á 1840. En cambio, innumerables niñas y niños de entonces eran ya mujeres y hombres hechos y derechos; muchos solteros y solteras se habían casado y tenían hijos, y no pocos padres y madres á quienes conocimos frescos y buenos mozos figuraban ya entre los viejos y los abuelos....—Por consiguiente, el cuadro, aunque hubiese variado en sus individuales pormenores, venía á ser el mismo á primera vista y en conjunto.

Allí, en efecto, había, como antaño, clérigos y cofrades, soldados y bailarinas, señores y plebe: allí se veían, á la puerta de las oscuras cuevas, hileras de sillas ocupadas por lujosas damas y endomingados caballeros: allí resaltaban á la luz del sol los animados colores de los pañuelos y sayas de las criadas y labriegas, los pintarrajados chapecos y fajas encarnadas de los hombres

del pueblo, las medias blancas de trabilla de los que llevaban calzón corto, los refajillos colorados de las niñas pobres y descalzas que no tenían vestido, y las cobrizas carnes de los chiquelos que no tenían ninguna ropa....

También se veía allí, sobre una mesa con mantel de altar, la reluciente figura del Niño Jesús, adornada con todas las alhajas que le regalara pocas horas antes Manuel Venegas, cuyo puñal indio, de pomo de oro con piedras preciosas, seguía á los pies de la bella Effie, como pintan al dragón del pecado á los pies de la Virgen María.

Las gentes contemplaban, llenas de asombro y curiosidad (y muy edificadas y reconocidas al cielo, á creer en sus terminantes declaraciones), aquellas valiosas ofrendas de la mayor ira, trocada de pronto en cristiana mansedumbre....

—Indudablemente, la idea de este maravilloso cambio llenaba en su morisca imaginación, ganosa de emociones extraordinarias, el vacío resultante del pacífico término de un conflicto tan dramático y descomunal como el hecho tablas por la caridad de Don Trinidad Muley.—

—¡Habíase frustrado la tragedia; pero

quedábales mejor y más noble asunto de perdurables comentarios: quedábales un poema religioso!

Sin embargo (y aunque difícilmente hubieran podido explicar la causa), hallábanse desanimados y tristes....—Acaso les acontecía lo contrario que á Manuel Venegas, y, así como éste tenía "caridad" sin "fe," ellos tenían "fe" sin "caridad".....—O puede que todo consistiera en que los Canónigos (á quienes se aguardaba para empezar la fiesta) no habían llegado todavía; ó en que también faltaba de allí nuestro amigo el Veterano Capitán, que solía ser el gran jefe del baile y de la Rifa; ó en que había cundido la infausta nueva de que Don Trinidad Muley se hallaba enfermo en cama, con una fuerte calentura, y que había llamado á un escribano para hacer testamento, como cesionario de la mayor parte de las riquezas de su antiguo pupilo.

La llegada de Don Trajano y de la forastera, seguidos de Doña Tecla, de Pepito y de otros tertulios, alegró algo á los demás concurrentes, quienes, como de costumbre, pasaron minuciosa revista al traje, al peinado y á los adornos de

la elegantísima prima del Marqués, tratando de aprendérselo todo de memoria, así como sus menores gestos y ademanes.

Muy hermosa y gallarda iba á la verdad aquel día, con su vestido de gro celeste y su mantilla de blonda negra, que más bien servían de realce que de disfraz á las arrogantes líneas de su cuerpo; pero inútil era que las beldades del país tratasen de copiar lo que en aquella mujer de raza, educada desde la cuna por las sílfides de la elegancia y de la moda, constituía ya segunda naturaleza.

Tampoco fuera oportuno que nosotros nos detuviésemos en este acelerado epílogo á relatar todo lo que hablaron allí la madrileña, Don Trajano y Pepito, acerca del chasco dado por Manuel á la expectación pública. Sólo diremos que la deidad proclamó repetidas veces que aquel desenlace había sido "muy frío" y que si como cristiana se felicitaba íntimamente del buen término del asunto, como artista, no podía menos de declarar que todo aquello era prosaico y vulgarísimo, y nada propio de un héroe de tanto corazón y arranque como ella ha-

bía supuesto al famoso "Niño de la Bola."

—En fin.... (concluyó diciendo:) ¡el drama no ha resultado romántico!

—¡Tiene usted más razón de lo que se figura! (contestó el señor de Mirabel.) ¡Para drama romántico, le falta un par de crímenes!—En compensación... (usted misma lo ha dicho), su desenlace ha sido eminentemente cristiano.

—Y ¿qué tiene que ver el ante con el cristianismo?—replicó la forastera.

—El arte romántico, ¡nada! (expuso el jovellanista.) Precisamente es hijo de la soberbia y la impiedad, y no admite más culto que el de la mujer y el de la venganza.—Los románticos son ídólatras de sí mismos, de sus pasiones, de sus afectos, de sus amarillentas adoradas y de otras pobreza terrenales "ejusdem furfuris."

—Don Trajano debe de tener razón... (observó el hipócrita Pepito); pues por ahí se dice que los más imitados con la solución amistosa del tal drama son los incrédulos de la Botica.

—¡Terrible gente! (respondió el juriconsulto, alzando mucho las cejas.)—A mí no me asustan los milicianos naciona-

les.... —¡Ya vieron ustedes ayer qué entusiasmados y devotos iban en la Procesión!.... ¡Estos progresistas son buenos en el fondo!—¡Pero esa genticilla nueva que no cree en la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo representa un gran peligro para el porvenir!

—Oye una palabra, Trajano.... Con permiso de los señores....—dijo en esto al discípulo de Moratín aquel otro viejo, también moderado jovellanista, que la tarde antes vimos con él en un balcón.

Y, arrimando la boca á su oído, añadió lo siguiente:

—Esa "genticilla" que dices, es nuestra legítima heredera...—Nosotros, con todos nuestros pergaminos y nuestra sangre azul, fuimos, cuando jóvenes, partidarios de la Razón, del Buen Sentido y hasta de aquel "Ser Supremo" que substituyó al antiguo "Jehová"...—¿No te acuerdas?

Y, al hablar de este modo, el viejo se reía cínicamente.

—¡Eso no se dice!—grufó Don Trajano de muy mal humor.

—Te lo digo á tí.....

—¡Ni á mí tampoco!—¡Ni á tí mismo!

—Y verás cómo, con el tiempo, te acostumbras á creer que tienes otras ideas.

Peliagudo se había puesto el negocio, cuando quiso Dios que llegaran á la Rifa Antonio Arregui y la "Dolorosa," cortando con su presencia aquella y todas las conversaciones pendientes, muy menos interesantes que las mismas personas que les servían de asunto.

Antonio iba sumamente descolorido y turbado, pero más obsequioso que nunca con su mujer, como haciendo público alarde de dicha conyugal, al par que buscando en el fondo una verdadera reconciliación doméstica.

Soledad no parecía la misteriosa esfinge de siempre. Había cambiado de actitud y hasta pudiera decirse que de carácter. Estaba inquieta: miraba á todos lados, y sus ojos no eran ya mudos abismos llenos de sombra, sino volcanes de amor en actividad...—El preconcebido adulterio acechaba desde ellos á la honradez para herirla por la espalda.

Vestia de blanco como una novia, sin que su elegancia y donaire tuviesen nada que envidiar á la forastera. Una toca negra de encaje hacía resaltar dulcemente la blancura de su muy descubier-

ta garganta, así como los hilos de perlas que le servían de brazaletes pardeaban al querer competir con sus nevados brazos.—Estaba hermosísima: la tentación no se mostró nunca en más temible forma.

No al lado de su adorada hija, sino al lado de Antonio Arregui, habíase sentado la señá María Josefa, muy acabada por aquellos dos días de mortal zozobra; pero aún vigilante y en la brecha, como si la alarmasen tristes presentimientos.—Honor y dechado del "sexo femenino" (que tan desventajosa representación tiene en esta reducida historia), aquella noble mujer, que no se allanó, cuando moza, á las demandas de su millonario señor, sino al debido precio de su mano y de su nombre; la que después hemos visto esposa fiel, paciente y trabajadora; la madre amantísima; la amiga de los necesitados, no podía menos de hallar, y halló efectivamente aquella tarde en tan numeroso y vario gentío, miradas de compasión y de respeto por parte de otras muchas mujeres e bien; condigno premio de un largo heroísmo; elogio fúnebre, no muy antici-

pado por cierto, de la que había de morir á los pocos días.

Llegaron, al fin, los Canónigos, justificando su tardanza con la solemnidad de las Vísperas que acababan de rezar, en conmemoración de no sé qué difunto monarca vencedor de los mahometanos, é inmediatamente comenzó la Rifa, seguida del Baile; este último al són de instrumentos moriscos, ó sea de guitarras, platillos, carrañacas y castañuelas, como antes de la Conquista.

Las parejas de danzarinés no se concertaron en virtud de puja, sino espontáneamente, formándolas, por tanto, mozas y mozos de la clase baja, al tenor de sus particulares inclinaciones, de donde sólo hubo que admirar el rumbo y desenfado de tal ó cual refajona metida en carnes y de coloradas mejillas, que se movía como una peonza, ó las primorosas y continuas "mudanzas" con que la "obligaba" algún pinturero bailador de zapatos blancos.

Respecto de la Rifa, era mucho menos el interés del "señorío," pues no se bastaba otra cosa que los hitos de marchitas uvas, las tortas de pan de aceite y las panojas de arrugadas peras y manza-

nas (todo allí de manifiesto) que habían regalado los devotos al Niño Jesús....

De esta manera llegaron las cinco de la tarde, y ya se disponían á regresar á la Ciudad algunas familias acomodadas, entre ellas la de Antonio Arregui, cuando notóse de pronto en las más distantes y encumbradas cuevas, una gran agitación, acompañada de gritos de mujeres y niños que decían:

—¡Manuel Venegas! ¡Manuel Venegas!  
¡Allí viene! ¡Ahora cruza las viñas!  
¡Pronto llegará ahí!

Un rayo que hubiese caído en medio de la multitud, no habría causado tanto pavor.—Todo el mundo se puso de pie: cesaron la música y el baile: corrieron gentes al encuentro del temido joven, guiándose por las indicaciones de los que lo veían (pues llegaba por camino desusado); huyeron otras personas en sentido opuesto, como para librarse de la tormenta que se cernía en los aires... y aun hubo algunas que hablaron de ir á buscar á Don Trinidad Muley....

Antonio Arregui era el único que permanecía sentado, ó, por mejor decir, que había vuelto á sentarse al oír aquel temeroso anuncio.—Estaba lívido; pero

resuelto, callado, y como indiferente á lo que sucedía.

La seña María Josefa le decía llorando:

—¡Vámonos! ¡Vámonos á casa! ¡Piensa que tienes un hijo!

Otras mujeres se ofrecían á esconderlo en tal ó cual segurísima cueva.

Las autoridades procuraban tranquilizarlo, diciéndole que ellas no consentirían ningún atropello....

Antonio no contestaba á nadie.

Soledad, de pie, silenciosa, terrible, parecía aguardar la resolución de su marido.

—¡Siéntate!—dijole éste con desabrido tono y sin mirarla.

Soledad obedeció con indiferencia.

Y las autoridades y las demás gentes retiráronse de él con frialdad, en vista de que nada les respondía, yendo el Alcalde á consultar el caso con el jefe de su partido, ó sea con Don Trajano Pericles de Mirabel, á quien debía la vara.

El jurisconsulto informó que no podía prenderse á Manuel Venegas mientras no cometiese delito ó conato de él; pero que había que vigilarlo mucho, así como á Antonio Arregui.

La forastera, que, aunque algo asustada, estaba en sus glorias, opinó lo mismo.

Entonces rogó el Alcalde á todo el mundo que se sentara, y mandó que prosiguiesen la música y el baile, como, en efecto, así se hizo, bien que sin gana de los actores ni atención alguna de los circunstantes.

Entretanto, ya había asomado Manuel Venegas, no por el camino de la Ciudad, sino por lo alto de los cerros, cual si desde la vecina Sierra hubiera bajado á campo traviesa para caer más pronto en aquellos parajes.

Venía á caballo, y faltábanle muy pocos obstáculos que vencer para entrar en camino expedito y llegar en breves instantes al lugar de la Rifa.

La perplejidad del "Coro" era inmensa, indefinible.—¡Había cambiado tantas veces de papel en aquel drama, que ya no sabía qué actitud tomar, ni discernía acaso sus propios sentimientos!

En esto, llegó Manuel cerca de la explanada que servía de centro á la fiesta. Apeóse del caballo, cuya brida entregó al primer oficioso que se puso á sus ór-

denes, y, sin mirar, ni saludar á nadie, acercóse al sitio en que se bailaba.

Antonio giró un poco sobre la silla, hasta dar la espalda al arrogante joven, como dejando el cuidado de su propia vida á la conciencia del público y á los representantes de la Ley.

Manuel, demudado por cuarenta y ocho horas de constante martirio, febril, delirante, enloquecido por la carta de Soledad, miraba á ésta con la terrible audacia de siempre, y también con una especie de amorosa ufanía y declarado triunfo que pregonaban la deshonra de Antonio Arregui, llenando de asombro á la concurrencia.—¡Indudablemente, si el esposo hubiera visto aquella mirada, su dignidad le habría hecho saltar del asiento, y abalanzarse al temerario que así le ofendía!..... Pero repetimos que Antonio no hacía caso alguno de Venegas.

Soledad, por su parte, tenía clavados los ojos en el suelo.

La madre era la única que lo veía todo; y, por resultas de ello, temblaba como la hoja en el árbol.

También temblaba el público.....; y

no fué uno solo de los presentes quien murmuró en voz baja:

—¡Esto es horrible! ¡Se masca la sangre!

Otros decían al mismo tiempo:

—¿Habéis reparado? ¡Manuel trae dentro de la faja un par de pistolas!

Y, en efecto, todos advertían que su rico ceñidor de seda marcaba en la parte anterior de la cintura dos largos bultos que daban lugar á semejante suposición.

En fin: el caso era de lo más grave y comprometido que pudieron apetecer nunca los aficionados á querellas y desastres.—Si "Vitriolo" hubiese estado allí se habría bañado en agua de rosas.

Un buen hombre, el viejo buñolero de la Plaza, tuvo entonces una idea muy feliz, nacida de su deseo de conjurar el inminente conflicto, llamando hacia otro lado la atención de Manuel y de los espectadores:

—¡Un real (exclamó), porque Manuel baile con la señora Marquesa!

Y señalaba á la huésped de Don Trajano.

El pensamiento fué muy apiadido y despertó en la gente una frenética y



deliberada alegría, que más bien era generosidad y misericordia.—La causa del Bien acababa de ganar mucho terreno.

Nadie pujó en contra del piadoso anciano; y, como la más vulgar cortesía vedaba á Manuel oponerse á bailar con tan noble señora, y, por otra parte, convenía á su propósito que la ley tradicional de la Rifa fuese aquel día respetada ciegamente por todo el mundo, cedió al blando impulso con que lo animaban muchas personas, y adelantóse hacia la forastera.

Esa no se hizo de rogar, y ya estaba de pie, cuando Manuel llegó á ella sombrero en mano. Dirigió la beldad una amable sonrisa á nuestro héroe, por vía de saludo; tercióse la mantilla debajo del brazo, como si hubiese nacido en el propio Albaicín; y, tomando puesto entre las demás parejas (que hicieron alto inmediatamente, con gran respeto, para que la gentil madrileña y el famoso Manuel luciesen mejor su gallardía), rompió á bailar un fandango clásico, sobrio de mudanzas, pero voluptuoso como el que más, que arrancó mil aclamaciones á los circunstantes.

Manuel apenas se movía. Hubiera podido decirse que únicamente oscilaba, atraído por las alternadas idas y venidas de la bella aristócrata, cuyo traje de seda crujía á cada garbosa contorsión de sus brazos y talle, como las lucientes escamas de elegante culebra que se yergue y enrosca alternativamente, queriendo fascinar á la ansiada víctima.

Pero el infortunado joven, á quien la negra suerte había reservado aquel último escarnio, no levantaba la vista del suelo.

Soledad aprovechaba en tanto, la general distracción para devorar á su amante con los ojos.... Seguía Antonio casi vuelto de espaldas á su mujer y al público..... Y, como si todavía fuese posible que substituyese la comedia á la tragedia, Don Trajano y Pepito sentían unos celos feroces al pensar que no eran ellos idóneos para el personalísimo arte de Terpsícore.

Acabó de bailar la llamada Marquesa, y quedó con los brazos medio tendidos, esperando el inexcusable abrazo de ordenanza.

Manuel se detuvo, cortado...., y ella

permaneció también inmóvil, dominada por el femeníl pudor.

—¡Que la abrace!—gritó el público.

Manuel avanzó tímidamente y abrazó á la hermosa forastera, entre los aplausos del gentío.

Cogióse entonces ella de la mano del joven, para que la condujese á su sitio, y díjole á los pocos pasos, deteniéndolo:

—¡Con que ya no se marcha usted!— Vaya usted á visitarme y hablaremos de América.....—Yo tengo intereses en Lima.

—Señora..... (contestó Manuel lúgubremente.) ¡Lo que ha tenido usted es la crueldad de bailar con un cadáver!

La forastera sintió un escalofrío de horror, y, soltando la mano del infeliz, lo saludó ceremoniosamente y corrió á su asiento.

—¡Es un hombre finísimo!..... ¡Un hombre delicioso!....—iba diciendo á izquierda y derecha, para ocultar su miedo y su humillación.

En aquel mismo instante, sonó una voz terrible, como la trompeta del Juicio Final: la voz de Manuel Venegas, que decía:

—¡Cien mil reales porque baile conmigo aquella señora!

Y señalaba á Soledad.

Todo el mundo se puso de pie, y Antonio el primero de todos.

Reinó, pues, una agitación indescripible.

Manuel Venegas estaba plantado en medio de la explanada, solo, con los brazos cruzados, y fijos los ojos en la "Dolorosa."

Esta y su madre contenían á Antonio, mientras que las Autoridades, los Prebendados, el señor de Mirabel y otras muchas personas de viso le decían que Manuel estaba en su derecho; que la petición era legal; que sólo podía rechazarse haciendo otra oferta mayor; pero que sería temeridad intentarlo, cuando aquel hombre poseía millones y estaba medio loco.

La gente de pelea y toda la chusma de chiquillos y pordioseros gritaban entre tanto:

—¡Ya está dicho! ¡Cien mil reales!—Si el otro no da más, que tenga paciencia!—¡Vamos, señora!... ¡Salga usted á bailar, que se hace tarde! ¡El Niño Jesús es antes que todo!—Señor Arregui, en este

sitio no se pelea más que con dinero! ¡Suelte usted la mosca ó la mujer! ¡No hay escapatoria!

Antonio tuvo que desistir de su empeño de ir á concertar con Manuel un desafío á muerte (que era el plan que se deducía de sus medias palabras,) y, apremiado por el Mayordomo de la Cofradía, que gritaba con voz oficial: "¡Cien mil reales porque baile la señora de Arregui con Don Manuel Venegas!" exclamó con irritado acento:

—¡Todo mi caudal porque no baile!

—¡Eso no sirve!—¡Esa proposición es nula!—¡Desde lo que pasó aquí hace ocho años, quedó establecido que sólo se admiten pujas de dinero presente! ¡Don Elías no le pagó á la Hermandad aquellos dos mil duros, y los cofrades tuvimos que pechar con las costas del juicio.

Así dijeron á Antonio en varias formas y maneras los gritos de la muchedumbre y los discursos de las importantes personas que lo rodeaban.

Manuel seguía impasible, esperando en su puesto.

Soledad había dicho ya varias veces á su marido:

—¡Déjalo! ¡Bailaré! ¿Eso qué importa?

—¡También ha bailado la prima del Marqués!

—¡No bailas!—replicó duramente Antonio.

—Dices bien.—¡Que no baile! (exclamó la señora María Josefa).—Vámonos á casa.

—¡Eso es imposible! (repusieron los hombres graves y la autoridad.) ¡Hay que respetar las costumbres del pueblo! ¡Hay que evitar un motín! El Niño Jesus no puede perder ese dinero....

—Iré á mi casa y á casa de mis amigos por todo el oro que pueda reunir.... ¡Y pujaré hasta las nubes!....—contestóles el digno riojano.

—¡Locura! (arguyeron los otros.) ¡Pronto será de noche!—Además: ¿cómo va usted á dejarse aquí á la señora?—Ni ¿cómo llevársela, sin que baile?—¡Nadie lo consentiría!....

En tal situación, dejó su asiento la forastera, la dictadora de aquel pueblo, la mujer de todos temida y reverenciada, y, llegándose á Soledad, la cogió de la mano y le dijo políticamente:

—Señora: quisiera tener el honor de llevarla yo del brazo al baile....—Y usted, caballero Arregui, reflexione que yo mis-

ma he bailado con la persona de que se trata....—Con que vamos, señora..... Se lo suplico.....

Soledad se levantó.

Arregui no supo qué contestar, y bajó la cabeza desesperadamente.

El público abrió calle y la forastera condujo á Soledad á donde la aguardaba su atrevido amante.

Este acababa de sacar de la faja lo que había parecido un par de pistolas, y que resultó ser un par de paquetes de onzas de oro. Contó trescientas trece sobre una bandeja que le presentaba un cofrade, y dijo naturalísimamente:

—Sobra media onza.—Désela usted á cualquier necesitado.

En seguida se volvió hacia Soledad; saludóla, quitándose caballerosamente el sombrero; y, como en esto principiase la música, comenzó también el fatídico baile de aquellos dos seres que no habían cruzado nunca una palabra y que, sin embargo, podía decirse que habían pasado la vida juntos, alentados por una sola alma, subordinados á un mismo destino.

Soledad no bailaba: iba y venía de un lado á otro, con los ojos fijos en tierra,

como dominada por un vértigo. Manuel no bailaba tampoco: seguía los pasos de Soledad, mirándola frenéticamente, como el sediento mira el agua que va á llevar á sus labios.

Antonio temblaba con la faz oculta entre las manos, por no ver el ludibrio que se hacía de su honor, tal vez de su honra.....

El público guardaba un silencio medroso, que parecía la tácita expresión del remordimiento anticipado.

Detúvose, al fin, Soledad, como dando por concluida tan espantosa danza, y levantó hacia Manuel unos ojos hechiceros, volaptuosos y malignos, en que se leía toda la carta que le había escrito al amanecer...

Manuel se llegó entonces á su querida con los brazos abiertos, en los cuales se arrojó ella, sin poder dominar el amoroso arrebató de su alma y de su sangre. Recogióla el mísero, y la estrechó á su corazón, como el trofeo de toda su vida.... y el mundo y el cielo desaparecieron á la vista de los dos insensatos....

—¡Socorro! ¡que la ahoga!—prorrumpió súbitamente la madre, corriendo hacia ellos.

—¡Asesino!—gritó Arregui al alzar los ojos y ver lo que pasaba.

—¡La ha matado!—exclamaron otras muchas personas entre alaridos de indescriptible horror.

Y era que todos habían visto á Soledad ponerse azul, echar sangre por la boca y por los oídos, y doblar la cabeza sobre el seno de Manuel Venegas..... ¡Era que los más cercanos habían oído crugir endebles huesos entre aquellas dos férreas tenazas con que el atleta loco seguía estrechando contra su corazón á la "Dolorosa!"

¡Y el desdichado (ignorante sin duda de que le había dado la muerte,) miraba entre tanto en derredor suyo, como desafiando al universo á que se la quitara.

A todo esto, la madre había llegado, y pugnaba inútilmente por desasir á su hija de los brazos de aquel león.....

Antonio se abalanzaba por su parte al puñal que tenía á los pies el Niño Jesús, y corría hacia Manuel lanzando aullidos de venganza.....

Manuel lo vió llegar; vió que le hería; sintió el golpe; pero no hizo nada para defenderse, por no soltar á su adorada...

Sólo cuando el puñal húbole atravesá-

do el corazón, fué cuando abrió los brazos, de donde se desplomó en el suelo el cadáver de la "Dolorosa."

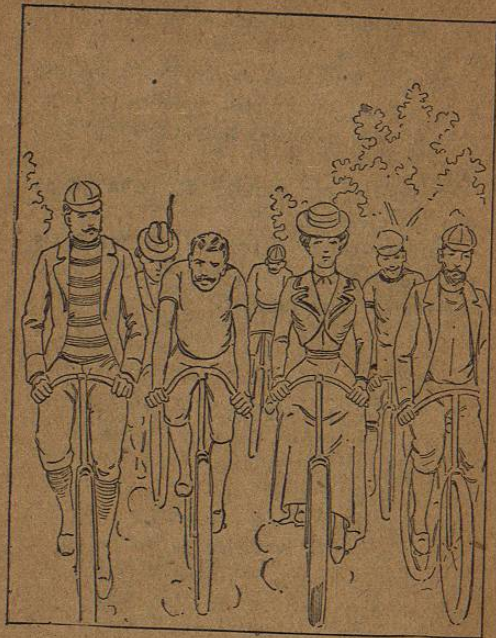
Cayeron, pues, juntos, los dos amantes, y la sangre de ambos, revuelta y confundida, fué devorada por la sedienta tierra.

La madre, sin sentido, formaba grupo con los muertos.

Antonio volvió á poner el puñal á los pies del Niño Jesús, y se entregó voluntariamente á la justicia.

FIN.

## HISTORIA SINGULAR.



Era una hermosísima mañana otoñal; Arturo, el alegre, el decidido, venía á todo correr en su hermosa máquina, seguido de sus compañeros de Club, á lo largo de la calzada de la Reforma. Había visto á su novia, y se esforzaba por aparecer como uno de los más hábiles campeones.

De pronto sus fuerzas flaquearon, abandonó involuntariamente el manubrio de la bicicleta, y antes de que sus amigos notaran que iba como barca sin timón, corriendo inminente peli-

gro, Arturo cayó, víctima de un vértigo, y perdió los sentidos. En aquel sitio no había, naturalmente, ningún recurso á la manopara prestarle los auxilios que necesitaba; pero providen-



cialment apareció un mozo que á la sazón llevaba una caja, una señorita, que había leído el contenido de aquella, la hizo abrir, y de una botella vació en una copa el líquido que contenía, aplicándola á la boca de Arturo, el cual se sintió inmediatamente reanimado.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
V. 4 N. 1.

